



Joaquín Araújo

Los
árboles
te enseñarán
a ver
el bosque

Prólogo de Manuel Rivas

CRÍTICA

Joaquín Araújo

Los árboles te enseñarán
a ver el bosque

Prólogo de Manuel Rivas

Ilustraciones de Xavier Macpherson

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2020

Los árboles te enseñarán a ver el bosque

Joaquín Araújo Ponciano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Araújo Ponciano, 2020

© de las ilustraciones, Xavier Macpherson, 2020

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-208-0

Depósito legal: B. 3.293 - 2020

2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

OLVIDADA PROCEDENCIA



Abies pinsapo

Es un bosque magistral: viejo como deben ser los maestros, sereno y múltiple. Además practica la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La procedencia como regalo

Lo primero que nos enseña el bosque, si queremos escucharle, claro, es que allí comenzó. Comenzó casi todo lo que hoy es capaz de volver a comenzar y comenzamos. Es original origen que nos originó. De hecho somos como somos, en no poca medida, porque fuimos bosque. Volveremos sobre este particular, pero bueno será anunciar que nuestras destrezas visuales, manipuladoras y comunicativas se pergeñaron cuando nuestros antecesores se movían principalmente por el dosel forestal. La condición humana se inició en la espesura de las frondas. De las que salimos pero de las que nunca hemos dejado de depender.

Debemos tanto a los árboles que cabría llenar tres libros como éste para enumerar simplemente los REGALOS —en absoluto servicios o recursos— recibidos desde las arboledas. Dádivas que apenas descansan pues comienzan con el primer día de cada uno y no acaban ni cuando se termina tu vida. Casi todos los obsequios que manan desde la Natura quedan olvidados por las amplias mayorías que solo consideran real lo que pueden mirar en las pantallas o en

los escaparates, antes de comprar, es decir de dominar y poseer. Sin embargo todo viene de más atrás, más de por todas partes, más barato, más lejos, más seguro, más limpio y, sobre todo, más justo por generar igualdad y promover el más necesario de los sentimientos: la fraternidad que de tan magistral forma alcanza el bosque.

Nadie es dueño de un paisaje entero, y sin embargo nada te da más posesión de ti que la contemplación de lo infinitamente más grande que tú. Inmensidades de donde, por cierto y más si son arboledas, proceden todas las pequeñeces e insignificancias. De hecho toda mercancía o producción humana, incluso los contenidos de las programaciones de televisión, son la última porción de una larga y amplia cadena de elementos y procesos vitales que invariablemente quedan ignorados y hasta despreciados. Pues bien, quien más comienza en este mundo, quien más consigue todos esos superlativos y esenciales regalos, en todos sus más amplios sentidos, es, insisto, el bosque. Entre cuyos frutos está la especie a la que pertenecemos pero que demasiadas veces, demasiados de sus miembros, actúa como si no perteneciera a este mundo. Acaso el mejor obsequio de las arboledas sea el más ignorado, incluso para la mayor parte de los amantes de la Natura. Me refiero a sus propuestas éticas. En realidad se trata de lo que tan solo insinúa para que descubramos que no están en él sino en nosotros. El árbol es un monje zen que nada pretende y todo lo consigue. Alcanza, incluso, a sugerir estimulantes emulaciones como las que van a aflorar muchas veces en estas páginas. De ahí que algunos emboscados consideremos que la floresta es capaz de ofrecer alternativa válida al consumismo, a la desmedida ansia de poseer de buena parte de los humanos. Consumismo y acumulación son los grandes enemigos de la totalidad de la Vida y, por tanto, de todos nosotros. El bosque en no poca medida nos hizo, en todavía mayor generosidad nos ha mantenido a lo largo de centena-

res de generaciones, ahora está dispuesto, dado el desastre climático, a salvarnos. Y lo hará sin pedir nada a cambio, si acaso tan solo que le dejemos seguir ejerciendo su profunda vocación de participar en la prolongación de la Vivacidad.

El alejamiento perpetrado por esta civilización contra la Natura ha cegado tanto y a tantos que hace arder al aire y a las arboledas. Pensemos que solo a lo largo del verano de 2019 ardieron en Siberia el equivalente a la totalidad de la superficie arbolada de Iberia. Como Portugal y Galicia también batieron récords en cuanto a padecer incendios forestales parece que esas dos palabras casi idénticas para nombrar dos porciones muy diferentes y alejadas del planeta quedan hermanadas no solo por la fonética sino también por la tragedia que convierte la vida en cenizas.

Por todo eso y mucho más éste es un libro bombero y brinzal, emboscado y radical. Todo ello al mismo tiempo, porque siempre tendrá en cuenta a las raíces, es decir a las procedencias. Estas páginas pretenden contribuir a que todo se quemara menos y crezca más, a que sea posible que vivamos en paz con lo que más vive y más permite vivir.

Estoy convencido de que la ya muy avanzada demolición de la Biosfera tiene como primer responsable a la ignorancia de lo que la Natura ha hecho y hace por nosotros. Por ejemplo.

El bañista que goza tumbado en la playa ignora que la arena fue montaña alta, que la siempre atareada agua la llevó a su origen, el mar, y que este, con sus olas y corrientes terminó de molerla y extenderla hasta que puso cama a millones de veraneantes. Es más, qué poco nos acordamos que comemos, bebemos y respiramos por la ingente tarea llevada a cabo por los elementos básicos de la Natura. Sin duda cuesta mucho más acordarse de que fuimos un bosque que un día echó a andar. Todo y todos estamos al final de una ingente

cadena de elementos y procesos no tenidos en cuenta. No se trata de tenerlos permanentemente presentes pero sí, al menos, ya que somos la beneficiada desembocadura de los mismos despleguemos algo de gratitud. Los innegables beneficios que nos reportan las desventajas del derredor no pueden seguir siendo considerados propiedad exclusiva con la que hacer lo que se quiera. Más bien se trata de conocerlos, reconocernos beneficiarios y procurar que sigan trabajando tan bien y tan gratis para nosotros. Si alguien quiere devolver algo por lo mucho recibido, si alguien quiere ser sencillamente agradecido pues mucho mejor, para él y para los bosques.

Cierto es que ganas dan de gritar, más alto que el más esbelto de los árboles, por las innumerables veces que los humanos han logrado ser catástrofe, hoy arreciada. Pero si desmesurado resulta lo que los árboles dieron y dan, tanto al conjunto de la vida como a nosotros, todavía son más cruciales de cara al inmediato futuro. En suma, los necesitamos más que nunca. Recordemos que son la mejor medicina para combatir esta fiebre de la atmósfera que llamamos cambio climático. Pero como los árboles son, al mismo tiempo, las principales víctimas del calentamiento global merecen todavía más comprensión y apoyo por nuestra parte. Hay que imaginar al bosque como un hospital y lo que consiguen equivale a que los médicos fueran ellos mismos, con sus cuerpos, los que se convirtieran en tratamientos específicos. Para que quede más clara la metáfora imaginemos un centro de salud que fuera de libre y universal acceso, que trabajara sin descanso y gratuitamente durante todas las horas que el año tiene y que además consiguiera que todo sea doctor y medicina al mismo tiempo y que la curación del enfermo —nada menos que el planeta entero— dependiera de que sigan en pie, dándose. Por eso mismo poco, o nada, resulta más dramáticamente contradictorio como el hecho de que tan necesario tratamiento sea atacado fe-

rozmente por el modelo económico imperante, es decir por el famoso estilo de vida de los a sí mismos arrancados de los bosques.

Conviene ampliar esta última faceta desde el momento en que resulta una de las menos comprendidas. Mientras que todos, incluso los que viven muy lejos de las arboledas, somos receptores beneficiados por los múltiples regalos, no pocos ciudadanos contribuyen, insisto, a que arda el aire. Poco, o nada, ciega y ensordece más que la comodidad, altar en el que esta civilización está sacrificando a la multiplicidad biológica, paisajes enteros, las aguas y, todavía más, a la atmósfera. Arde la transparencia y los árboles son los surtidores de la misma. El incendio de bosques, tan noticia veraniega, es solo una provincia del gigantesco achicharramiento que el estilo de vida de demasiados humanos está provocando en la levedad que respiramos. Arden el mar y el aire, arde la vida presente, y todavía más el futuro. Arden las arboledas y sus dádivas. Y todo lo quema el que las mayorías consideran que deben vivir cada vez más cómodamente. «La comodidad es un crimen» escribió René Char con lúcida anticipación. Pero no una extrema violencia ejercida contra un individuo o grupo, como cuando se legitimó durante tantos siglos la esclavitud y la conquista corsaria, sino que ahora debemos completar esa consideración con algo mucho más amplio y contundente. Algo así como que la comodidad es un ecocidio, implica la desaparición de múltiples formas vivas y la enfermedad de los elementos y procesos esenciales.

Por fortuna tenemos remedio. Una medicina que como primer paso tenemos que curar. Porque la evidencia más lamentable de las muchas que convierten a los árboles en protectores y sanadores es que hoy por hoy son una medicina en no poca medida enferma. Todo el sistema sanitario del planeta, nuestros bosques, requieren urgentes cuidados, es decir: ¡lo que nos debe ayudar a curarnos también está hospitalizado!

De ninguna otra manera cabe calificar los efectos del calentamiento global, del avance de los desiertos, del urbanismo salvaje y de la ampliación de la frontera agrícola.

Crear conciencia es considerado antipático e incómodo por los interpelados pero los emboscados no tenemos más remedio que advertir. La complicidad es evidente. Es decir sin llegar al extremo de que las mayorías se sientan directamente culpables de lo más grave que pasa, al menos que no se consideren por completo inocentes de haber provocado el cambio climático.

De ahí el carácter de emboscada que este libro tiene. Se trata de una añagaza por completo pacífica y, en realidad, pretende sencillamente proponer que además de adentrarse por estas páginas, quienes esto lean avancen hacia el conocimiento, respeto y complicidad con el más completo, complejo, bello, altruista y necesario producto de la historia de la vida: los árboles.

Bueno será conocerlos un poco mejor. Es más, todo lo que este libro contiene pretende desembocar en el necesario y urgente reconocimiento de lo que por nosotros hicieron y hacen los árboles con el ánimo de que amanezca algo de reciprocidad. Confíemos en que de nuestro mejor conocimiento brote la otra fertilidad para que crezcan las arboledas, que ya no solo necesitan suelos amables sino también nuestra complicidad, tanto la práctica como, sobre todo, la sentimental. Sabiduría que comienza cuando te percatas de que son la mejor ocurrencia y logro de la historia de la Vida. No olvidemos que nosotros mismos, tan dados a considerarnos precisamente como la cima de toda excelencia, somos una de las secuelas/emanaciones de las selvas. Sin olvidar que cuando cae, arde o enferma un árbol algo nos golpea, quema o duele también a nosotros por mucho que no queramos reconocerlo.

El bosque nos hizo

Basta un poco de imaginación y memoria para aceptar que somos como somos porque fuimos bosque. Sí, así, sin preposiciones. Una de las primeras lecciones que nos da la inmersión en la Natura es que carece de sentido establecer fronteras entre contenido y continente. Sobre todo si eres parte de los contenidos. Si Parménides nos recuerda, y acierta, que una y la misma cosa es el pensamiento y aquello por lo que el pensamiento se da, cabe radicalizar la apreciación y decir que todos somos por las plantas. Por mucho que se nos quiera olvidar, este planeta está vivo porque el 99% de lo viviente es vegetal. Sumemos que toda especie, de cualquiera de los cinco reinos de la vida, resulta imposible sin su ambiente. Pues bien, nuestro origen, como línea evolutiva, es inseparable de los primates que durante no menos de seis millones de años se anduvieron por las ramas. Cuando bajamos de los árboles para intentar la locomoción bípedo/erguida ya llevábamos puesta la mayor parte de la dotación anatómica y fisiológica que ahora nos deja pensar, sentir, hablar y recordar.

Incluso tenemos una cierta apariencia general de árboles. Tenemos tronco y brazos como ramas, y piernas que no ahondan en los suelos pero que nos dejan caminar sobre los mismos. Acaso una cierta empatía por lo que se nos asemeja está en la base del inconsciente admirar a los árboles, por desgracia tan olvidado por tantos.



Fuimos, insisto, bosque y el bosque esculpió lo esencial de lo que somos. Conviene imaginar a las selvas de donde acabamos saliendo

como una enorme placenta que inicialmente gestaron algunas de las destrezas que iban a hacernos humanos. Es más todos somos por la que ya ha sido. Reconocerlo no supone ninguna aproximación a lo retrógrado, todo lo contrario, nos permite incorporar un conocimiento cada día más necesario para seguir progresando, porque no tenemos hoy más importante tarea para que haya futuro que no destruir del todo el pasado de este planeta, que es el nuestro.

Al menos en tres de las más cruciales destrezas.

La comunicación sonora, a distancia y sin vernos directamente es secuela de la necesidad de contacto en la espesura, en la maraña de claros y sombras de las selvas. Hoy decimos porque entonces aullamos. La necesaria cohesión del clan o grupo familiar de primates arbóreos sería imposible sin al menos un rudimentario vocabulario. Era preciso decir dónde se estaba, cuáles eran los límites de un territorio. No menos cuándo proceder al encuentro sexual o marcar la presencia de los predadores. Sin olvidar, por supuesto, que una vez localizada la comida era primordial notificarlo a los otros miembros del grupo. Por supuesto escuchar esas emisiones sonoras y darles significado también hubiera resultado imposible sin las marañas de hojas y ramas del dosel forestal. La capacidad de nuestro sistema auditivo, sin duda el más complejo y completo entre los mamíferos, tiene el mismo origen y trampolín.

La enormidad de las emisiones sonoras que cobija la arboleda, los incontables matices que alcanzan los tímpanos de los emboscados sin duda también puso en el mejor camino a nuestro modo de escuchar. Sin el inaugural lenguaje de los bosques no escucharíamos hoy tan bien la música y la palabra.

También debemos a nuestra larga gestación como especie en los bosques la capacidad de manipulación, esa que para tantos antropólogos supone un decisivo escalón de nuestro proceso evolutivo hacia

la inteligencia, tiene en las ramas su origen y despliegue. Independizar el tren delantero del trasero, es decir que, en lugar de patas, llegáramos a tener piernas y brazos hubiera resultado imposible fuera del bosque. Andarse por las ramas resultó decisivo para que, más tarde, fabricáramos y usáramos herramientas. Algo bastante menos crucial que el poder rascarnos y, sobre todo, acariciar. No me parece exagerado, sino de obligado recuerdo, que cuando nos estén o estemos pasando nuestros dedos por la piel pensemos que hasta esos placeres brotaron de nuestro inicial haber sido parte del bosque que nos moldeó.

Para el que esto escribe el regalo más crucial y bello que nos hizo el bosque, al ser nuestro primer y más largo hogar, es la visión. Sí, también vemos como vemos porque fuimos arboleda. Dicen los que más saben que tenemos uno de los equipos visuales más completos y complejos. Que en el reino animal casi nadie ve mejor que nosotros. Me refiero al conjunto de prestaciones simultáneas de nuestra visión. Ciertamente hay animales con capacidad de ver con mínimos de iluminación, de hecho buena parte de los mamíferos del planeta despliegan horarios de actividad nocturna. También hay muchos otros vertebrados que miran como nosotros pero con el equivalente a prismáticos de hasta diez aumentos. Es el caso de buena parte de las aves y sobre todo las rapaces.

Nosotros, para empezar, vemos como casi nadie los colores. La infinita gama de tonalidades —varios miles— que nuestros ojos pueden apreciar no está al alcance de nadie más. La necesidad de localizar los frutos y apreciar su grado de maduración está tras esta formidable conquista. Distinguir colores permitía la supervivencia. Todo ello, una vez más, en incesante interacción con las arboledas que seguramente también nos usaron para diseminar semillas a través de los excrementos o las partes desechadas de esos coloreados frutos.

La estereoscopia que gozamos, es decir la perfecta percepción de los contornos, volúmenes y cálculo de la distancia a la que están los objetos o los otros animales, incluso la destreza de estimar la velocidad y trayectoria de cualquier objeto o ser vivo también tiene como primer brote a las selvas. Si antes he recordado que conviene recordar, al menos de vez en cuando, nuestro origen arbóreo cuando acariciamos tampoco estaría de más hacerlo cuando nos admira el encestar, tantas veces inverosímil, de los jugadores de baloncesto, o el revés del tenista o el gol del delantero. En definitiva casi todas las destrezas físicas y no pocas fisiológicas fueron esculpidas en nuestro organismo por los seis/ocho millones de años en que nos mantuvimos emboscados.

También lo llevamos dentro y además con el quehacer del río, es decir fluyendo por todo nuestro organismo y llegando hasta la última de sus células. Fernando Pessoa escribió un verso tan bello como cierto, desde el punto de vista científico. «El verde de los árboles es parte del rojo de mi sangre.» Y así es, en efecto. El color de la mayoría de las hojas se debe a la clorofila que, como resulta bien sabido, es la que consigue la alimentación básica de los árboles. Metabolismo que desprende oxígeno al aire que respiramos y, gracias a la roja hemoglobina, da color a nuestra sangre y vida a la totalidad del cuerpo de todos y cada uno de los humanos. En definitiva sus suspiros son nuestro aliento.

Lástima que nuestra salida del bosque, es decir del paraíso —recordemos que esta palabra, crucial para los monoteísmos, es de origen persa y quiere decir lugar con árboles y agua— supuso que todos los paraísos empezaran a dejar de serlo. Incluso que no pocos desaparecieran como si una rabia incontenible hacia nuestro origen quisiera eliminarlo de la memoria y por tanto del paisaje, que siempre es el recuerdo de la historia de la Vida en este planeta. De ahí el

drama de que nos estemos ganando a pulso la condición de mal recuerdo de este planeta. Paradoja que seamos los que tenemos memoria los que más olvidan su procedencia. Todavía resulta más desgarradora esta torpeza cuando todos llevamos puestos, dentro, los elementos, procesos, ciclos y vidas que están fuera. El bosque perpetra, si quieres percartarte, una disolución de fronteras entre lo externo y lo interno. Emboscarse es comprender a lo que nos comprende y conforma. Me embosco para encontrarme, para estar conmigo, para saber algo sobre mí mismo.

Volveremos sobre el particular en el capítulo dedicado a la madera, pero si somos como somos, físicamente, por haber sido bosque no cabe rechazar que también todo lo que llamamos cultura y progreso y civilización está ligado a los regalos del bosque. Porque aunque seguramente al leerlo parecerá una tautología, como está tan olvidado recuerdo que no hay humano sin fuego, casa, armas, y todo ello procedió de los árboles.

Sin olvidar que respiramos el alma verde de los árboles. Algo que debemos hacer nada menos que unos setecientos millones de veces a lo largo de una vida media. Con cada uno de los latidos de nuestros corazones hacemos viajar algunas moléculas de la transparencia fabricada por los árboles, y también conviene recordar que eso sucede algo así como 32 millones de veces al año.

Sí, no renuncio al énfasis: ¡¡¡el alma verde de los árboles se nos cuele dentro 32 millones de veces al año!!!

No acaba en lo estrictamente físico, ni en los ingentes recursos disponibles, el parentesco entre selva y humanidad. Porque lo que más nos diferencia del resto de las criaturas vivientes, esa capacidad de recordar, emocionarse y pensar también comenzó, como demuestra la conducta de nuestros más cercanos parientes, entre las hojas.

Es más, estas miradas nuestras, que tantos placeres nos proporcionan, que tantas necesidades satisfacen, parecen directamente vinculadas al crecimiento de nuestra inteligencia. Ver, como vemos gracias al bosque, resultó determinante, como la manipulación, para nuestra génesis como especie. Lo dicen los sabios que, acaso, no lo serían si no hubiéramos sido bosque. Ese bosque del que nos emasculamos para, como obvio paraíso perdido, echarlo siempre de menos. El humano siempre lleva dentro, aunque lo niegue, nostalgia de inicial hogar. Porque no deja de ser infierno haber dejado de ser bosque para acabar siendo hacha y llama, desierto y aserradero...